

A high-angle photograph of a city square with a large red star on the ground and people walking. The scene is captured from above, showing the grid-like pattern of the pavement and the long shadows cast by the pedestrians. The red star is a prominent feature, centered in the middle of the frame. The overall color palette is dominated by the blue-grey tones of the pavement and the bright red of the star.

LA
OCTAVA
HERMANA

TRADUCCIÓN DE
DAVID LEÓN

ROBERT
DUGONI

En el juego de espías contra espías no hay ganadores.

Charles Jenkins, antiguo agente de operaciones de la CIA, se encuentra en una encrucijada. A sus sesenta años recién cumplidos, tiene una familia a la que cuidar, un bebé en camino... y una empresa de asesoría especializada en seguridad al borde de la quiebra.

Un día se presenta en su casa su antiguo jefe con un encargo peligroso: viajar encubiertamente a Moscú y localizar a la agente rusa que, según sospechan, está aniquilando a los integrantes de una célula de espionaje estadounidense conocida como «Las Siete Hermanas».

La necesidad lo lleva a aceptar la misión y cruzar el Océano. Pero cuando localiza al cerebro que se esconde tras los asesinatos descubre que ni esa «Octava Hermana» ni el resto de la célula son quienes se suponía que eran. Con la amenaza del espionaje ruso en los talones, Jenkins idea entonces un temerario plan de fuga a través del mar Negro. Pronto se dará cuenta, sin embargo, de que la agencia para la que opera lo ha abandonado. Tendrá que pelear solo por su vida... enfrentándose a su propia nación.

*A mi hija Catherine, que siempre me ha hecho reír y sonreír.
La universidad no es más que tu siguiente aventura.
Ha llegado el momento de echarse a volar y a cacarear.*

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
Juan 8:32

La verdad os hará libres, pero primero os joderá vivos.
Dicho de origen incierto.

PRÓLOGO

Moscú (Rusia)

Zarina Kazakova se acercó a las puertas de cristal del Beli Dom, la Casa Blanca rusa, y miró a través de ellas el cielo plomizo que amenazaba con ahogar Moscú. La pregunta no era ya si desataría la primera nevisca, sino cuándo iba a hacerlo. Los meteorólogos habían pronosticado temperaturas bajo cero para aquella noche y entre quince y veinte centímetros de nieve. Zarina suspiró al pensar en otro invierno inclemente mientras embutía los dedos en el suave forro de pieles de sus manoplas. Bogdán, uno de los guardias, se encontraba de pie junto a un detector de metales con el cuerpo inclinado hacia delante para contemplar la capa nubosa que se oscurecía por minutos.

—*Pojozhe shto eto búdet dólgaia zimá, Zarina.*

—¿Has conocido algún invierno que no lo sea? —repuso ella, también en ruso. Pretendía ser una pregunta retórica y Bogdán, moscovita de pura cepa, no se molestó en responder.

Los dos sabían que «largo» no era un adjetivo muy acertado para describir aquellos inviernos: «opresivo» era el que acudía con más facilidad a la mente.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó él. Llevaba puesto su sobrio uniforme militar de color verde grisáceo bajo un abrigo de lana no menos apagado y la gorra de plato bien calada.

—Yo siempre tengo planes —respondió Zarina con deliberada vaguedad y la esperanza de desalentar a Bogdán

antes de que empezase.

A pesar de haber cumplido ya los sesenta, Zarina tenía la genética de su madre: apenas unas canas le salpicaban el pelo color caoba y su piel era tan suave como la de una mujer de treinta. Su madre había insistido siempre en la importancia que revestía el buen vivir para que una dama rusa mantuviera su presencia, lo único que de veras era suyo y debía, por tanto, conservar. Zarina vestía de manera impecable y nunca se había dado a dos de los pasatiempos nacionales de Rusia: fumar y beber en exceso, sobre todo vodka. Además, se había mantenido célibe desde su divorcio y daba la impresión de que no hubiese hombre en el Beli Dom que no lo supiera.

Bogdán sonrió.

—Pues te has vestido como para salir.

Era verdad. Su grueso abrigo de invierno y el cuello de piel de conejo conjuntaban con el pelo del forro de su *ushanka*, que se ajustó a la cabeza con las orejeras bajadas para protegerse del viento y el frío que esperaba encontrar fuera.

—¿Necesito una cita para vestirme así? —preguntó—. ¿Mmm? —Se cubrió la boca con la bufanda sin mostrar ningún interés por la respuesta de Bogdán y se fue hacia la puerta—. *Dobroi nochi*.

—*Spokoinoi nochi* —respondió Bogdán para desearle una velada agradable mientras le abría la puerta.

Zarina fue a encontrarse con el viento que se levantaba a rachas desde el río Moscova con la furia de un tren de mercancías resuelto a atropellarla. La tormenta de aquella noche amenazaba con ser brutal.

Salvó los escalones de cemento y cruzó el patio apretando el paso y con la cabeza gacha. Después de atravesar la puerta profusamente ornamentada que daba a la calle, salió a Krasnopresnénskaia Náberezhnaia y recorrió la orilla del río en dirección a la parada de su autobús, situada en la esquina de Gluboki Pereúlok. El rugido ensordecedor de

los autobuses y el estruendo de las bocinas que plagaban el «Putinstán» del Moscú del siglo XXI se sobreponía al clamor del viento cuando todos aquellos que volvían de trabajar se apresuraban a llegar a sus casas antes de que cayese la primera nevada. En el meandro del Moscova, la mirada de Zarina se vio dominada por el hotel Ukraína, una construcción descomunal que hacía gala de un exceso propio de Stalin, quien había mandado erigir siete edificios similares tras la Segunda Guerra Mundial para mayor gloria del Estado soviético y estupefacción de Occidente, que en aquella época se afanaba en alzar rascacielos. Nadie había aplacado aún el rumor de que el dictador los había diseñado tan parecidos para confundir a los bombarderos estadounidenses que pudiesen lograr internarse en Moscú. Dada la propensión paranoica de los dirigentes de la nación, Zarina estaba convencida de que era cierto.

Rusos hasta el absurdo, aquellos edificios presentaban una superabundancia estructural que se manifestaba desde la solidez de su base hasta la aguja que lo remataba, coronada por una estrella rusa, y mezclaban influencias arquitectónicas griegas, francesas, chinas e italianas. Zarina no podía dejar de preguntarse cómo habría reaccionado Stalin de haber podido saber que su hotel Ukraína se había convertido en el Radisson Royal Hotel, todo un símbolo del capitalismo occidental.

El silbido de unos frenos neumáticos y el olor a gasolina la sacaron de sus divagaciones. Entre empujones, se abrió paso para cruzar las puertas plegables del autobús, pues en Rusia hacía tiempo que la caballerosidad había cedido el paso a la supervivencia. Con gran sorpresa de su parte, encontró un asiento libre al fondo del vehículo y se liberó de los guantes y el gorro para no tener calor. El aire, húmedo y rancio, se había condensado en las ventanillas y acusaba el acre olor corporal de los viajeros, pobremente enmascarado por intensos perfumes y colonias.

El autobús siguió su sinuosa trayectoria por la margen del río Moscova, que empezaba a llenarse de pedazos flotantes de hielo convertidos en heraldos del invierno ineluctablemente que estaba por llegar, y se detuvo treinta minutos después en la parada de Zarina, frente al supermercado del bulevar Filiovski. Ella atravesó el inhóspito parque escuchando el entrecocar de las ramas de los árboles con cada ráfaga de viento. A su alrededor se repartían, apostados como centinelas, bloques de apartamentos de la era soviética, grotescas construcciones de cemento con ventanas diminutas y pintadas en las paredes. Zarina abrió la puerta de metal marrón que daba a un vestíbulo espartano. Hacía tiempo que habían robado las luces, junto con el suelo de mármol y la barandilla de latón de las escaleras. Los rusos habían dado por hecho que capitalismo significaba «Roba todo lo que puedas vender». Los empeños en reparar los edificios no habían logrado más que atraer a más ladrones.

Zarina subió en el ascensor al piso duodécimo, donde la aguardaba un pasillo tan anodino y desnudo como el vestíbulo. Descorrió los cuatro cerrojos del apartamento que en otro tiempo había pertenecido a sus padres, se limpió las suelas de las botas en la esterilla para no manchar el suelo de roble, taraceado con un intrincado diseño geométrico, y colgó el abrigo y el gorro en la percha antes de dirigirse a la sala de estar.

—Empezábamos a temer que no volviera a casa, señora Kazakova.

La voz del hombre la sobresaltó tanto que lanzó un chillido. El desconocido no reaccionó. Estaba sentado en el sofá de ella con las piernas cruzadas. Una evaluación somera de sus pantalones grises sin raya, su jersey negro de cuello vuelto y la chaqueta larga de cuero la llevó a concluir que debía de ser de la policía, posiblemente de la FSB, el servicio ruso de contraespionaje que había sucedido al KGB. A su espalda apareció un segundo desconocido que había estado escondido en la cocina y, aunque a Zarina no

se le había pasado por la cabeza intentar escapar, se interpuso entre ella y la puerta. Por sus dimensiones y su complejidad no habría sido difícil confundirlo con un frigorífico.

—Siéntese, por favor —dijo el hombre del sofá. Sobre la mesita, al lado de su *ushanka* y sus guantes de cuero forrados de pelo, descansaba una botella del mejor vodka de Zarina, el que guardaba para los invitados, y los dos vasos de cristal que había heredado de su madre—. Espero que no le importe —añadió al verla posar los ojos en la mesa—, pero el Stolíchnaia está fuera del alcance de los que dependemos de un sueldo del Gobierno. Me pregunto cómo es que puede permitirse un lujo semejante una secretaria del Ministerio de Defensa.

—Fue un regalo —repuso ella intentando no parecer nerviosa—. Lléveselo y salga de aquí. Yo no bebo.

—¿A qué viene tanta prisa? Venga, por favor. Siéntese. Permítame hacer las presentaciones.

Zarina permaneció de pie sin saber muy bien cómo actuar. Hacía mucho que sabía que podía llegar aquel día, aunque había abrigado la esperanza de que no fuese así.

—¿No? En fin, en ese caso, yo soy Fiódorov, Víktor Nikoláievich, y él —dijo señalando con un gesto al frigorífico— es Vólkov, Arkadi Chistóvich.

Aquella presentación formal no anunciaba nada bueno, como tampoco el hecho de que ni se molestara en enseñarle su identificación de la FSB. Sintió que le temblaban las piernas, pero consiguió mantener su conducta desafiante.

—Tengo muchos amigos en el Ministerio de Defensa. —Miró el reloj—. Uno de ellos, de hecho, llegará de aquí a unos minutos y es de la guardia.

—Tenía —repuso Fiódorov.

—¿Perdón?

—Ha dicho tengo, en presente, y el pasado es tenía. Y no va a venir nadie, señora Kazakova. Llevamos varias semanas observando su apartamento y todavía no ha apareci-

do una sola alma por aquí. Cosa extraña, desde luego, porque es usted soltera y muy guapa. —Tomó la botella y se sirvió un trago de vodka. Entonces alzó la vista para preguntar con una mirada severa y lúgubre—: ¿Puedo?

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó ella.

Él se reclinó en su asiento con el vaso en la mano.

—Directa al grano. Perfecto. Me gusta. Nada de perder el tiempo. Está bien. —Alzó la bebida—. *Za tvoió zdarovie!*

—Dio un trago antes de volver a dejar el vaso en la mesa —. Dígame, ¿qué sabe de las Siete Hermanas?

La pregunta la dejó perpleja.

—¿Está usted loco?

Fiódorov sonrió.

—Supongamos que no. ¿Qué sabe de ellas?

—Ni soy guía turística ni estoy aquí para entretenerlo. Cómprase un libro si busca información. Seguro que tiene que haber a patadas.

—Vaya —dijo él—, cree que me refiero a los siete edificios de Stalin. Un error muy razonable. No, no quiero saber nada de edificios. Quiero que me hable de las Siete Hermanas que llevan casi cuatro décadas espionando para los americanos.

Zarina sintió una gota de sudor bajándole por la espalda. La sala de estar se había vuelto, de pronto, tan bochornosa como el autobús. Solo había oído hablar de «las Siete Hermanas» para referirse a los edificios. ¿Qué quería decir? ¿Que había otras seis como ella?

—¿Hace calor aquí? —preguntó Fiódorov a Vólkov—. Yo tenía frío, pero reconozco que el vodka me ha sentado bien. —Volvió a mirarla a ella y, tras una larga pausa, dijo—: ¿Sabe, señora Kazakova? Las otras dos también decían no conocer a las Siete Hermanas. ¿Quiere que le diga una cosa?

Guardó silencio, quizá esperando que Zarina le respondiera. De ella no salió una sola palabra. Otras seis como ella. Por Dios bendito.

—Que creo que dicen la verdad. —Fiódorov se acomodó en su asiento—. Arkadi puede ser muy persuasivo. A usted también me encantaría creerla. Me gustaría creer que no conoce la identidad de las otras, pero, por supuesto, no podrá salir de aquí sin darnos garantías similares. Todos tenemos jefes ante los que responder, ¿verdad?

—No sé de qué me está hablando —respondió ella—. Se están equivocando. Trabajo de secretaria en el Ministerio de Defensa y es lo único que he hecho desde hace casi cuarenta años. Me han comprobado y aprobado las credenciales cientos de veces. Lo puede confirmar si quiere.

—¿Me está negando la existencia de las Siete Hermanas? —preguntó él.

—Tal como las ha definido, sí, desde luego.

Fiódorov recogió los guantes y el gorro de la mesa y se puso en pie. Tenía el gesto grave.

—Yo lamento oír tal cosa, pero, para Arkadi, su negativa es pura música.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Isla de Caamaño (Washington)

Charles Jenkins hincó una rodilla en el suelo y recogió las hojas y las ramitas que habían caído sobre las dos tumbas. Siempre que salía a correr sus ocho kilómetros matutinos, visitaba a Lou y a Arnold, los dos perros crestados rodesianos que había enterrado junto al riachuelo. Hacía tiempo que el agua había arrastrado las cruces de madera. Cuando dio sepultura de forma tan apresurada a sus dos chiquitines, no había pensado que el río terminaría desbordándose.

Al verlo ponerse en pie, Max, su pitbull moteada, corrió hacia él desde unos matorrales.

—Todavía te tengo a ti, ¿verdad, nena? Eres el último mohicano.

Max también acusaba ya el paso de los años y tenía el pelaje más gris que pardo. Aunque ignoraba su edad exacta, porque la había rescatado de las manos de un maltratador, calculaba que debía de haber superado los once, lo que la haría dos años mayor que el hijo de Jenkins, C. J.

—Venga, nena. Vamos a casa, que C. J. tiene que estar ya listo para ir al cole.

Volvió a tomar el camino de grava y recobró el ritmo mientras Max se afanaba en no quedarse atrás. Quería adoptar otro perro, porque C. J. tenía ya edad de hacerse responsable de un animal; pero Alex, embarazada de su segundo hijo, se negaba en redondo y Jenkins, que no era tonto, sabía que con una mujer encinta no se discute.

Salvó andando los diez últimos metros con las manos entrelazadas sobre la cabeza mientras aspiraba el aire fres-

co de noviembre. Le corría el sudor debajo del gorro de lana y de la gruesa sudadera azul. Salía a correr tres días a la semana, lo máximo que le permitían sus rodillas, y hacía pesas en el sótano de su casa. A sus sesenta y cuatro años, no podía pretender mantenerse en forma sin más que cuidar la dieta. Había necesitado sangre, sudor y, sí, también alguna que otra lágrima, pero aquel cuerpo suyo de un metro noventa y cinco de altura volvía a pesar al fin ciento seis kilos, solo cuatro y medio más que el máximo que había alcanzado cuando trabajaba de agente de operaciones en Ciudad de México, hacía ya casi cuarenta años.

El Range Rover aguardaba en el camino de entrada de gravilla de su vivienda de dos plantas, calentando motores mientras Alex completaba el simulacro de incendio con el que sacaba a diario a C. J. de la cama para que saliese de casa a tiempo para llegar al colegio. Era jueves, el día que, por la mañana, Alex daba clases de refuerzo a alumnos que necesitaban ayuda en matemáticas, lo que complicaba un tanto más la tensión cotidiana. Jenkins se encargaba de preparar a diario la merienda de C. J. y se aseguraba de que la mochila estuviese bien organizada y cerca de la puerta para poder salir a correr sin sentirse del todo culpable.

—¡Venga, C. J.! Vamos a llegar tarde. —Alex, de pie en el umbral, gritaba hacia el interior de la casa con voz ya un tanto exasperada.

Jenkins oyó al crío responder desde algún rincón de la vivienda:

—No encuentro mis botas de fútbol.

—Porque las dejaste en el coche —dijo Jenkins entre dientes.

—Están en el coche, donde las dejaste tú —gritó Alex.

—¿Tienes mi merienda? —dijo Jenkins en voz baja.

—No encuentro mi merienda —anunció C. J.—. ¿La tienes tú?

—Sí —repuso Alex asiendo con fuerza la bolsa de papel marrón.

—¿Dónde está tu chaqueta? —susurró Jenkins—. No me hace falta. Sí que te hace falta. Estamos a tres grados. Cógela de la percha.

—¿Dónde está tu chaqueta? —preguntó Alex al ver salir corriendo a C. J. vestido con pantalón corto y una camiseta.

—No me hace falta.

—¡Si hace un frío que pela! Coge el chaquetón de la percha.

C. J. volvió corriendo al interior de la casa y salió de nuevo con el chaquetón. El chaval era todo piernas y brazos. Era el más alto de su clase —lo que no resultaba extraño, teniendo en cuenta la altura de su padre y el metro ochenta de su madre— y en sus rasgos se mezclaban la herencia hispana de Alex y las raíces afroamericanas de Charlie, con quien compartía el verde de los ojos, debido posiblemente a un gen recesivo procedente de sus ancestros de Luisiana.

El pequeño lo rebasó corriendo.

—Hola, papá. Adiós, papá.

—Dale un beso a tu padre —dijo Jenkins.

C. J. se volvió y se dejó besar en la coronilla.

—Que te vaya bien en el cole.

El chiquillo se volvió hacia el coche y Jenkins lo siguió para preguntarle al verlo encaramarse en el asiento de atrás:

—¿Has vuelto a tener problemas con ese niño?

—No, qué va.

—Si tienes problemas, llama. ¿Te acuerdas del código?

—Sí —respondió C. J. con tono impaciente mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Cuál es? —La fuerza de la costumbre es poderosa. Jenkins tenía un código familiar, como había tenido uno es-